

El exilio español fue una fortuna

Juan Marichal

Profesor Emérito
Universidad de Harvard

Un poeta catalán escribió que el exilio fue un destino providencial para los españoles porque tuvieron tiempo y medios para hacer lo que en España misma no habrían podido hacer. Mantengo lo mismo que Agustí Bartra y voy a considerarlo en tres figuras españolas que con el exilio pudieron hacer grandes obras. Me refiero a mi maestro Américo Castro, a Pedro Salinas, y a José Ferrater Mora. Sin embargo, puede decirse que en ellos el exilio fue una circunstancia altamente creadora que elevó a otro nivel su capacidad para la creación intelectual. Empecemos con mi maestro de Princeton, Américo Castro donde lo que apunto se ve más claramente.

Don Américo desde temprana edad había recibido los honores reservados a la distinción universitaria, pudiendo decirse que en 1936 era uno de los intelectuales españoles más conocidos y respetados universalmente. Fue por eso que el presidente Azaña lo nombró embajador especial ante los países cuyos representantes habían abandonado Madrid para pasar el veraneo en San Sebastián como hacían en tiempos de la monarquía de Alfonso XIII. Era un nombramiento especialmente justificado, pues Américo Castro era un acendrado republicano pero sin extremismos. Hasta podría decirse que Américo Castro tenía una actitud política muy próxima a lo que hoy se suele denominar *centro* y mantener relaciones con destacados hombres de la derecha conservadora. Sin embargo, Américo Castro *desertó* pues pensó, pronto, que la Segunda República había sido derrotada por sus mismos partidarios, además de serlo por los que ese propósito destructivo tenían. Las autoridades republicanas se vieron obviamente defraudadas por el gesto de Américo Castro al abandonar su puesto de emba-

jador especial. No podían comprender la actitud de un hombre tan claramente republicano, que sentía que el futuro de la Segunda República estaba ya sellado. En una palabra veían a Américo Castro punto menos que un traidor. Y desde luego podría sostenerse que Américo Castro era ante su propia conciencia un converso.

Para Américo Castro la Segunda República había transformado a España en un país con instituciones modernas y la explosión de 1936 había echado por tierra esas ilusiones o dicho de otro modo la Segunda República le había mostrado que él y otros destacados intelectuales no habían percibido que la transformación aludida no había cambiado a España. De ahí que Américo Castro diera el título de *La España que no conocía* a una colección de sus ensayos casi póstumos. En suma, Américo Castro sentía en el verano de 1936 que él no conocía realmente lo que España era.

Recordemos que Américo Castro era la encarnación misma de los principios morales representados por la Institución Libre de Enseñanza y que había sido combatido por los enemigos declarados de esta institución. Pero también ya en 1936 sentía Américo Castro que la ILE era una ilusión de unos cientos de españoles, pero que podríamos llamar utopistas educativos. No hay duda por otra parte que para los rebeldes de 1936 seguía siendo Américo Castro un símbolo de la España a destruir. Y consiguieron, en el ánimo de otros intelectuales españoles que padecieron directamente las consecuencias sociales de agosto de 1936 en Madrid. No podían dichas personas sumarse a los *rebeldes* de entonces, pero se sentían amenazados por los anarquistas y otros populistas. Constituyeron lo que se dio en llamar *La Tercera España*. Un destacado historiador que defendió a la Segunda República decía irónicamente que él estaba defendiendo a los que querían combatir y destruir a su propia clase social (la del historiador). Es decir que Américo Castro y otros como él no podían sentir que España estaba en un momento terriblemente trágico de cambios sociales e histó-

ricos. Quizás no ha habido todavía ningún historiador con la ecuanimidad necesaria para entender los cambios de la vida española. En breve, Américo Castro tuvo una especie de conversión y tiró por la borda sus principios que le obligaban a estar entre los más decididos defensores de la Segunda República. Pero cuando en 1948 apareció su gran libro *ESPAÑA EN SU HISTORIA* se vio que Américo Castro era un espíritu nuevo, desgarrado por lo sucedido en su país, pero que no se sentía paralizado como tantos otros de su generación. Es decir, Américo Castro mostraba que no era un espíritu neutral pero en contraste con otros españoles de la llamada *Tercera España*. Había optado por el trabajo que le permitía la soledad y el dolor no quería *estar sin más*. Se podría decir que Américo Castro transformó su aislamiento en un fecundo campo de trabajo.

Sus alumnos sentíamos que estábamos no ante un profesor sino ante un espíritu que bregaba diariamente con la España antigua como si ésta fuera el tema del seminario. Un ejemplo bastará para lo que acabo de apuntar. El libro que preparaba nuestro maestro iba a llamarse *España Y su Historia* pero Don Américo nos confió en su seminario, en su clase vespertina, que iba a eliminar la conjunción "y" así que la *y* se transformaba en *EN*, *España en su Historia*. Y me pregunto si ese cambio gramatical respondió a un prólogo de Azorín a la antología de Dolores Franco (antigua alumna de Don Américo), pues en ese prólogo aparece la expresión «España en su Historia». Debo advertir que no lo señalé a Don Américo pues él daba a la expresión de Azorin una profundidad que no tenía la del ensayista murciano. Pero ahí está la fortuna del exilio que Don Américo aprovechó para escribir su gran libro, que ciertamente no hubiera podido hacerlo en España. Don Américo con su confesión, pues no otra cosa es el libro suyo *España en su Historia*, transformó la soledad del exiliado en el dolor, el trabajo. La velada en que Don Américo dio a sus alumnos la explicación del nuevo título les dejó casi temblorosos porque él temblaba de emoción pues había tenido la fortuna de dar con *España y su historia*. Aquella velada Don Américo parecía un espíritu que acaba de tener una visión definitiva del llamado

problema de España. Es decir al eliminar la Y del título mostraba Don Américo toda una actitud intelectual completamente nueva. Nada más publicarse en Buenos Aires *España en su Historia* causó sensación en el mundo universitario y hasta tal punto que hubo historiadores tales como Don Claudio Sánchez Albornoz, que se pusieron a la tarea de rebatir el libro de Don Américo Castro página por página. Esta voluntad de negar a Américo Castro motivó otro gran libro *El Enigma de España* aunque no puede verse tampoco como una respuesta al de Don Américo. En uno de sus ensayos dijo que el exiliado que no rehiciera su vida espiritual estaba condenado a repetir lo que había vivido antes de 1936 en España. Se trataba de ser una persona en consonancia con lo que había sucedido, la enormidad de la fractura de 1936. Recordemos que Don Américo estaba en Princeton en una cátedra recién creada donde pudo tener a su disposición tiempo para su trabajo y bibliotecas con libros españoles antiguos. En suma Américo Castro encontró desde 1940 todas las facilidades que la universidad norteamericana ofrece a sus alumnos y a sus catedráticos. Y sin duda Américo Castro tuvo los medios de rehacerse espiritualmente en un grado imposible de alcanzar, por digamos, un universitario europeo de la gran emigración motivada por los afortunados que escaparon de los nazis.

La segunda figura que muestra la importancia de las bibliotecas universitarias norteamericanas es Pedro Salinas que se adelantó a Don Américo en los privilegios que acabo de mencionar. Porque Pedro Salinas tenía la obligación de dar el curso 36-37 en Wellesley College cerca de Boston. Salinas estaba en el inicio de la catástrofe de 1936 en Santander donde dirigía la Universidad Internacional de Verano, creación suya y de la Segunda República. Al cerrarse la universidad se trasladó a los Estados Unidos donde residió hasta su muerte en 1951 exceptuados los años que pasó en la Universidad de Puerto Rico (1943-1946). Salinas se identificó con la República aunque no hizo propaganda política, como Américo Castro tuvo tiempo y facilidades para su trabajo universitario y su labor de poeta en castellano. Añadamos que Salinas al cruzar el Atlántico no perdió su

lengua lírica como pasó a tantos poetas europeos pues daba sus cursos en español y tenía en la América Latina la posibilidad de escribir artículos y dar conferencias en castellano. En suma Salinas no tuvo que cambiar de ropaje poético ni prosaico aunque en 1940 dio en un trabajoso inglés, un libro sobre literatura española. En Baltimore donde residiría Salinas se sentía muy en armonía con la orientación de la Universidad Johns Hopkins, pero realmente sus años de profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico fueron los más felices de sus años americanos. Además, Salinas tenía relación con poetas de la América de lengua española y sus conferencias en México, Colombia, Perú, fueron de las más seguidas por un público numeroso. Esas conferencias recogidas en los libros sobre Rubén Darío y Jorge Manrique se transformaron en dos libros ejemplares de estudios poéticos.

Y aquí conviene señalar la existencia de un público de su propia lengua que fue para Salinas y para los demás escritores españoles del exilio una ventaja sobre los europeos de países con lenguas limitadas a las nacionalidades. Por eso se puede decir que la América Latina de lengua española fue decisiva en la historia literaria del exilio español. El mejor ejemplo fue el de Pedro Salinas, que dio conferencias que se condensaron luego en dos libros ejemplares, sobre Rubén Darío y Jorge Manrique. Pedro Salinas solía decir que él pasaba del anonimato de Baltimore, donde residía, a la gloria latinoamericana. Pero la crítica literaria de Salinas difería de la que hemos considerado la de Américo Castro. Para Salinas la literatura de lengua española era un ejemplo del carácter europeo, *latino*, si se quiere, de España y la herencia de su cultura, pero sobretodo el contraste con Américo Castro era palpable para el lector corriente. Porque Salinas no tenía el problema introspectivo de Don Américo: sabía quien era él un poeta español, madrileño, y no un atormentado buscador de si mismo, un pensador trágico. Salinas era un madrileño de la *belle époque* que disfrutaba enormemente de su condición humana. No se interesaba en la literatura como búsqueda sino en la expresión de un pueblo moderno, tan moderno como París o Londres.

Conviene recordar que Salinas salió de España donde era profesor de literatura española y pasó normalmente a Wellesley College, sin tener que aprender el inglés. Esto maravillaba a Salinas que decía además que le pagaban un sueldo por hacer lo que más le gustaba.

Para Salinas la literatura española era universal en su condición misma puesto que expresaba ante todo los valores humanos de la España moderna. Sin embargo, su libro *Jorge Manrique o Tradición y originalidad*, es el de un exiliado sin decirlo nunca porque no se habría escrito sin el conocimiento de la crítica de lengua inglesa. Esto es, Salinas conoció desde 1936, cuando llegó a Wellesley, el pensamiento literario de lengua inglesa que aplicó a la literatura hispánica. Se podría decir incluso que Salinas es el escritor hispánico para el cual el exilio representó un incremento notable de su cultura literaria. Antes era un afrancesado y ahora en cambio era un admirador de la crítica angloamericana, lo cual no fue el caso de Américo Castro que permaneció en Princeton ajeno completamente al pensamiento de lengua inglesa. Al mismo tiempo, Salinas sufría mucho más que Castro del exilio que le alejaba de las *realidades* españolas, por ejemplo, de los callos a la madrileña o del resto de la vida cotidiana de Madrid. ¡Cuánto le dolía el no oír la conversación del tranvía madrileño! En suma Pedro Salinas era desde luego un español de la generación de 1914, de la que ofreció un homenaje a Azorín y de lo cual tenemos testimonio en una carta a la entonces novia Margarita Bonmatí. Para él no cabía duda que algo terrible había sucedido en 1936. Al despedirse de Santander para tomar el barco que le llevaría a Estados Unidos le dijo casi con lágrimas: "Mira Margarita lo que ahora vemos no será nunca más, porque, sean quienes sean los vencedores esta España habrá desaparecido".

No fue Salinas uno de los intelectuales que formaban la que se llamó *Tercera España* pues para él la victoria de los facciosos de 1936 era una enorme calamidad histórica y por eso se sintió unido a la Segunda República y a sus defen-

sores. Dio algunas conferencias en Estados Unidos en que él claramente, tajantemente se identificaba con la Segunda República. Incluso escribió un texto mostrando su indignación por la propuesta que había hecho en Londres Don José Castillejo de conseguir la paz mediante la partición de España en dos países, algo así como sucedió en Corea. Esa idea le sublevaba pues para él no había posibilidad de cortar España por medio, aunque Salinas no prolongó esta polémica. Participó Salinas en la representación española exiliada en la asamblea literaria de la Exposición Universal de Nueva York en 1940, pero no tuvo un papel destacado pero si claramente opuesto a los escritores españoles que, representaba el nuevo régimen de su patria. Podría incluso decirse que hacia suyo el lema de Juan Negrín: «contra Franco todo, contra España nada.» De todos modos, Salinas sentía que su función extraliteraria no debía interferir en su actividad política. Su obra teatral *Los Santos* condenaba la violencia y como tal ha sido representada fuera de España y en España con éxito notable, particularmente desde que fue posible hacerlo. Mas su poema largo *Cero* es quizás el testimonio de un español ante el horror de la guerra iniciada en 1939 y no sería arbitrario verlo como la condena más tajante de una voz hispánica entre las que motivó el conflicto bélico de entonces. Salinas no quiso aceptar ninguna invitación del gobierno dictatorial del General Franco, ni siquiera en su muerte propia y así pidió que se le enterrara en la tierra española (aunque no lo fuera estrictamente) de Puerto Rico como Juan Ramón Jiménez, muerto en el exilio pero sus restos trasladados a su Patria contrariamente a sus deseos. En suma Pedro Salinas fue el poeta más representativo de la intransigencia de los exiliados con los gobernantes de España desde 1939.

La tercera figura española representativa de la llamada *España Peregrina* fue el pensador José María Ferrater Mora con una obra individual, su *Diccionario de Filosofía* que parece increíble haberlo hecho una sola persona. La primera edición de esta obra fue publicada en México aunque Ferrater residía en Chile y como tal residente se trasladó a la Estados Unidos donde vivió en Bryn Mawr

(Filadelfia) dedicado a la ampliación de su diccionario. Ferrater que profesó cursos en Bryn Mawr College (Universidad aunque no lo exprese su título). Vivió con una concentración bibliográfica que le permitió utilizar las bibliotecas norteamericanas y así hacer del diccionario la obra individual máxima del exilio. Hoy en la Universidad de Girona existe el Seminario Ferrater que cumple lo pedido por él: invitar a los filósofos de significación internacional incluyendo a los hispánicos. En Girona se encuentra la biblioteca de Ferrater que permite hacer adiciones al *Diccionario de Filosofía* y puede así decirse que es la obra de un exiliado de vuelta a su patria y todos los años ahora la «Semana Ferrater» es el símbolo de lo indicado por esta *Exposición* de la obra de un desterrado que continúa su acción intelectual tras su muerte en Barcelona de manera desafortunada.

Tres nombres -Américo Castro, Pedro Salinas, José María Ferrater Mora- que corresponden a la amplitud de esta exposición y que son representativos de las generaciones hispánicas que ilustran el propósito de esta exposición.